FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

(Las) crisis del cine

NO HAY DUDA DE QUE LA ACTUAL CRISIS sanitaria ha derivado en muchas otras y que los espectáculos públicos, entre ellos la exhibición en salas, está sufriendo como nunca antes lo hizo, e indirectamente toda la cadena de producción, distribución y exhibición de nuestro país se ve afectada. Pero no es un fenómeno nuevo. Las crisis de las industrias cinematográficas se vienen sucediendo desde que la televisión desterró al cine del trono del entretenimiento masivo hace ya más de medio siglo. Bien es verdad que esta es la primera vez que se ha producido un fenómeno exógeno al mundo de las industrias culturales que golpea con tanta fuerza a la del cine. En esta edición de **#FloresEnLaSombra** recopilamos hasta cuatro piezas del Archivo No-Do que, de un modo u otro, pueden ayudarnos a pensar tanto sobre la crisis actual como su reflejo en otros momentos de la historia. No todas ellas plantean abiertamente la cuestión de la crisis, de hecho, solo dos de ellas lo hacen, y no por casualidad las menos antiguas, pero la recopilación de las cuatro facilita un marco amplio desde el cual abordar la situación actual.

Empezamos con una pieza de compilación hecha por el propio No-Do en un momento en que su muerte era ya una realidad anunciada. *Cinematografía. Una mirada al ayer* es

una pieza de poco más de 10 minutos de Enrique Pérez de Gomara que se estrenó en enero de 1981 y recorre la historia del cine español, con una mirada que desprecia sin contemplaciones la producción nacional. Como el propio texto que la acompaña dicta sin recato: 'el cine español ha mantenido siempre una condición de total mimetismo con respecto a las pautas marcadas por los géneros, que en otras cinematografías, en especial la norteamericana, habían conseguido éxitos multitudinarios'. Lamentablemente la frase no parece muy alejada de muchas de las que podemos encontrar en medios y redes sociales en nuestros días. La pieza, sin embargo, no deja de mostrar su falta de consistencia argumentativa cuando acaba con imágenes de multitudinarios estrenos de películas españolas para acabar preguntándose por un futuro de salas sin espectadores. La segunda pieza, una noticia/reportaje sobre la exhibición en 1978, plantea toda una serie de cuestiones sobre la asistencia a las salas que siguen siendo contemporáneas, incluso antes de la actual crisis sanitaria: ¿cómo es posible que en más de tres décadas no hayan cambiado los planteamientos a la hora de abordar estos problemas? La tercera (1972) es una noticia breve sobre la inmediata apertura del museo de la Cinémathèque française en París: el cine se musealiza en el país vecino ya a principio de los 70, con todo lo que sabemos que eso significa, aunque la noticia se limita a realimentar el mito del cine. Y cerramos la recopilación con una noticia sobre la edición del Festival de San Sebastián de 1966. Tenemos que reconocer que nos apetecía hacerlo por la coincidencia de fechas con la singular edición de este año, en la que, además de confundir el nombre del director español galardonado en esa edición (Basilio Martín *Patiño*), está claro que lo que interesa a los reporteros es la fiesta que sucede a la gala de clausura.

Para abordar la cuestión hemos invitado a cinco voces que desde diferentes lugares planteen su perspectiva sobre la crisis: la dirección, la distribución, el periodismo cinematográfico, la historia del cine y los festivales. También invitamos a los lectores interesados a complementar la lectura con ***este texto de Mariano Llinás*** con el que, de algún modo, compartimos perspectiva en este especial programa de **#FloresEnLaSombra**: lo que estamos sufriendo es consecuencia de un movimiento (o una falta del mismo), no se trata de que todo lo sólido se desvanezca en el aire en el momento actual, viene arrastrándose, como demuestra la recopilación de piezas que ofrecemos esta semana, desde hace varias décadas. Quizá, solo quizá, es el momento de volver a las preguntas fundamentales, empezando por la que ya hace tiempo enarboló Santos Zunzunegui: ¿de qué hablamos cuando hablamos de cine español?

Filmoteca Española

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Esta sesión recopila cuatro piezas de No-Do que hacen referencia a otras crisis o momentos de transformación que ha podido vivir el cine:

- ***Cinematografía. Una mirada al ayer*** (1981)
- ***El mundo del cine*** (1978)
- ***Langlois abre el museo del cine*** (1972)
- ***Palmarés Festival de San Sebastián 1966*** (1966)

> **Las crisis de las industrias cinematográficas se vienen sucediendo desde que la televisión desterró al cine del trono del entretenimiento masivo**

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Y si el cine nunca hubiera estado allí...

LA "CINTA DE FUERZA" DE ESTE PROGRAMA (*Cinematografía: una mirada al ayer*) termina con una bella toma vestida de emblema: un corto y decidido movimiento de cámara en una sala de cine oscura y vacía, apenas iluminada por un foco. Las curvadas líneas de las filas de butacas fugan en un negro horizonte, confundido a buen seguro con la oscuridad de la sala en la que pudiera estarse viendo la pieza. El tema de la imagen: ¿un espectador buscando su asiento? ¿la cámara buscando su espectador? Tras postular la *"profunda crisis actual"* de los estudios de producción y rememorar la *"época dorada"* de las tres décadas previas del cine español, la *voz over* se interroga —sobre esa toma-emblema— si este será también el futuro de las salas de exhibición. Fin.

La paradoja. En 1981, estas imágenes fueron montadas para ser proyectadas en uno de esos cines que se presuponían, como ahorita mismo, a punto del abandono y la ruina. Aunque, lejos del *glamour* de festivales y estrenos en las grandes capitales, ¿no están siempre despoblados los cines, no estamos siempre solos en nuestra memoria cinéfila? En 2020, estas imágenes, entre tantas otras, las vemos, más o menos acompañados y distraídos, en un monitor conectado a una plataforma digital en nuestro salón o despacho. Ahora sí parece que la "crisis" es cierta. Y sin embargo...

> **Se está transformando, sin apenas resistencia, el universo completo de las mentalidades y los comportamientos —y, en general, de todo trabajo y ocio, de toda vida y mundo— en ese tonto oxímoron de la "nueva normalidad"**

Al repasar los años de las piezas de este programa (1981, 1978, 1972, 1966), caigo en la cuenta. No son tan viejas, de esa época a la que asociamos automáticamente el No-Do: las dos primeras décadas de amargura y miseria de la dictadura franquista: los años 40 y 50 del siglo XX. Por supuesto: el reportaje es un montaje de archivo. Comienza con fragmentos de Lumière y Chomón del entorno de 1900. A renglón seguido, sibilinamente elide medio siglo completo de historia (del cine, del país) y salta a la época dorada en la que se entretiene, entre finales de los 40 y principios de los 70: la era de los grandes estudios del cartón piedra, el fugaz paso de relumbronas estrellas internacionales por el cielo hispano, la reducción del suelo patrio a decorado de rodajes extranjeros o, finalmente, el ascenso y la caída del imperio de Samuel Bronston. En la última y breve parte, acelera y salta de la denuncia del sempiterno *"carácter mimético"* del cine español al *"tono mundano"* de estrenos y estrellas. Y fin.

Es posible que en ese reportaje de actualidad no haya una sola imagen de la década de 1970. Pero el denso aire añejo —"vintage", se dice ahora— no procede de las más o menos antiguas imágenes sino de la banda de sonido: esas recias voces eternas del No-Do (Matías Prats, Joaquín Ramos, David Cubedo…) y su curioso estilo, entre lo soldadesco y lo engolado. Y, claro, de las palabras que esas voces declaman.

* * *

The past is a foreign country: la historia es un lugar extraño. Es la primera frase de una novela: *The Go-Between,* de Leslie Poles Hartley (1953), llevada al cine por Joseph Losey (*El mensajero,* 1971). Trata de la memoria (de la adolescencia, en la vejez), de la nostalgia (de volver al pasado), de la melancolía (de saberlo imposible). También es el título de un ensayo académico de Peter Lowenthal (1985), donde yo lo enhebro y que

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

contrapone los *"hechos crudos"* de la *"historia"* a la *"herencia"/"heritage"*: los hechos una y otra vez recocinados en el relato que construimos en el presente a partir de sus pasados ocurridos y recordados.

La extrañeza no procedería entonces del carácter lejano de lo ocurrido en el pasado sino de la cercanía de lo narrado en el presente, los presentes de la actualidad: ese perpetuo proceso de repetición y modificación de los hechos y las ideas en el acontecer de nuestras vidas.

Así, de nuevo, estamos a vueltas con la crisis del cine y su *"ristra de cifras y quejas"*. Y al entrecomillar este doblete, estoy aludiendo a un libro colectivo, *Once miradas sobre la crisis y el cine español*, que editó en 2003 la Asociación Española de Historiadores del Cine. Planteábamos entonces que la discusión sobre la crisis del *annus horribilis* de 2002 no podía servir para postergar una vez más la reflexión sobre qué era eso del "cine español", que —en bonanza o desventura— a unos parecía preocuparles tanto y a otros tan poco. Pero aquí estamos, otra vez. Así que evitaré repetirme.

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Y si el cine nunca hubiera estado allí… (cont.)

* * *

Es cierto: la pandemia de la Covid-19 está trastocando completamente el panorama completo de las industrias culturales y creativas bajo las fuerzas descaradas o disimuladas del neoliberalismo rampante. No podía ser menos cuando se está transformando, sin apenas resistencia, el universo completo de las mentalidades y los comportamientos —y, en general, de todo trabajo y ocio, de toda vida y mundo— en ese tonto oxímoron de la "nueva normalidad" que, por suerte, anda ya desapareciendo después de su implosión veraniega. Y sí, el cine (su producción, su exhibición) está en crisis; tanto el español como el otro. Y sí, seguramente sea una de las víctimas cantadas de la reorganización digital que andaba gestándose desde hace años. ¿Acaso ya nadie se acuerda del programado escándalo de la última película de Alfonso Cuarón y su anunciada exclusión de las salas de cine?

Todo esto suena muy serio. Pero ya se sabe que el término de "crisis" se puede entender de dos modos: como cambio y como desastre. Pareciera que se trata de elegir, según el ánimo de cada cual. Pero lo normal es encadenarlos. Se empieza —tras tabular las cifras de producción y exhibición del año anterior— hablando del desastre y la extinción del séptimo arte, la enésima industria, el cine español… Se acaba —tras llegar a acuerdos y promesas de ayuda y amparo para la conservación de la cultura cinematográfica— aceptando el cambio y mutación y dando la bienvenida a los megaplex y las salas alternativas, a las infografías animadas y las plataformas digitales, a los otros cines y a las estrategias de bajo presupuesto… El cine sigue siendo cine. Aunque a nadie se le ocurre decir ya lo de *"el cine… en el cine"*.

* * *

Pero todo esto acaba oliendo a *déjà vu*. A fin de cuentas, así ha sido durante un largo siglo. A nadie con un mínimo de sensibilidad histórica e historiográfica —es decir, de interés por el devenir y de cómo pensarlo— se le escapa que *"la historia del cine es la historia de sus crisis"*. Por si acaso: la frase está sacada del reportaje de entrada. Así que algo se esconde en esa evidencia.

Hace un cuarto de siglo —y a cuenta del centenario del cine— un historiador (Rick Altman) propuso un "modelo de crisis" para describir y explicar su historia; no como el devenir de una entidad fija y estática que nace, crece, madura, envejece… y muere (en el panteón de obras y maestros del relato visual) sino como un conjunto variable y dinámico de prácticas y discursos en torno a un objeto específico en un campo determinado. Su propuesta era atrevida. Pero en su formulación sólo describía y analizaba las dos primeras de esas crisis: el paso de las barracas de madera a las salas de fábrica, el paso del mudo al sonoro… Y en ese parón, dejaba intacta la idea de que el cine era, seguía siendo, eso que siempre había sido bajo los grandes conceptos del Arte, la Industria y el Relato… Aunque, en realidad, la idea sobreentendida del cine siempre se había sostenido en dos recursos que de tan obvios eran siempre obviados: el celuloide y la sala.

* * *

Ha pasado un cuarto de siglo y tales formulaciones son ya insostenibles… No cabe aquí entretenerse en mostrar que buena parte del mejor cine —es decir de ese que se piensa como modelo de un campo de prácticas y discursos— se hace fuera de aquellos tres conceptos y de estos dos recursos. Pero, entonces: ¿qué es el cine?

> **El término "crisis" se puede entender de dos modos: como cambio y como desastre. Pareciera que se trata de elegir, según el ánimo de cada cual. Pero lo normal es encadenarlos**

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Lanzo esta vieja y retórica pregunta —es el título de la compilación de escritos de André Bazin entre 1945 y 1957— a sabiendas de que no me quedan espacio y tiempo para contestarla. Aunque de su respuesta depende que el cambio que supone toda crisis no acabe transformándose en un desastre.

Solo una pista: no busquen la respuesta en las películas —aunque empiecen por ellas— sino en lo que esconden: aquello que sintió Máximo Gorki, en 1896, al contemplar una sesión del cinematógrafo Lumière: *"La noche pasada estuve en el reino de las sombras. Si supieran cuán extraño es estar allí… No es la vida sino una sombra, no es el movimiento sino su espectro mudo"*. Tras esta particular extrañeza, rozando el pánico o el deleite, se esconde lo que merece ser preservado y transmitido en la doble praxis de la creación y la recepción de películas. Y hasta aquí puedo decir.

Luis Alonso García
Universidad Rey Juan Carlos

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Crisis, what crisis?*

***Crisis, what crisis?** es el nombre que le dio en poner un estupendo bodeguero navarro a la etiqueta de uno de sus vinos, expresamente embotellado (y titulado) para beber en familia durante una de las consuetudinarias y más grandes crisis de los últimos años.*

EL CINE, ESE INVENTO SIN FUTURO, vive en crisis exactamente desde las cuatro y cuarto de la tarde del 4 de mayo del año 1896, en que se incendió el Bazar de la Caridad en París durante la proyección de una peliculita Lumière, y en donde en apenas quince minutos murieron ciento veintiséis visitantes y espectadores de la alta burguesía, la mayoría mujeres, aplastadas o carbonizados. Ahora, una oportunista plataforma por demanda y una popular cadena francesa acaban de estrenar una épica y patética serie de lujoso *allure* televisivo basada en tan luctuoso episodio que, entonces, se instrumentalizó para demonizar el recién nacido cinematógrafo; Netflix, como las rotativas de la época, es experta en lucrarse a costa de todo y de todas. Coproduce la serie TF1, que un día fue una gran televisión pública.

La primera crisis del cine, amortizada hoy por Netflix

El cine siempre ha estado en crisis; en España mucho más, porque casi nunca ha existido el cine dentro de una verdadera industria articulada; José María García Escudero, a quién le «entró» toda la historia del cine español en cien palabras, escribió que hasta 1939 el cine español no existía, aunque sí había películas. Pepe Sacristán dice que ser cineasta en España es como ser torero en Finlandia. Akira Kurosawa, que como todos saben era un trágico japonés, cuando no logró sacar adelante su *Dersu Uzala* trató de suicidarse haciéndose el *harakiri* (o al menos así lo contaba Antonio Drove); si cada cineasta español que no ha logrado hacer una película se hubiera suicidado hace tiempo que no existiría el cine español.

Aunque *progresar* no quiere decir siempre *mejorar*, hay que decir que a lo largo de la historia cineastas y productores han conseguido adaptarse a cada una de las crisis y revoluciones técnicas que son, la mayoría de las veces, consecuencia las otras de las unas, y las han hecho suyas. Como en la vida íntima de Woody Allen o Ingmar Bergman, definitivamente los cineastas de cualquier país saben vivir en crisis su oficio, sobreponiéndose siempre a los cambios, aprovechándolos; no serían cineastas si no; otra cosa son los Estados y sus instituciones, los distribuidores (a los que habría que liquidar, según Godard) y los exhibidores (a los que habría que liquidar, según Jonas Mekas), en fin, los capitales y capitanes que hay alrededor del cine en un *momento decisivo*. Como aquel momento decisivo en el año 2010 en que un sinceramente apasionado exhibidor de un pueblo manchego decidió atraer a nuevos espectadores con un cartel que rezaba: "SE PERMITE FUMAR EN LA SALA". Y aunque la Consejería de Cultura hizo lo imposible por indultarle le *calló* tal multa de la Consejería de Sanidad que tuvo que cerrar y se acabó el cine en el pueblo.

Todos los buenos productores y directores son ignífugos como Buster Keaton en *The Paleface* (1922) o como João César Monteiro, que trató de suicidarse sin éxito con una lata de gasolina. Los cineastas sobrevivieron primero a aquel incendio del Bazar de la Caridad en París y luego al burgués *film del art,* a los monopolios asesinos de Edison, al cine sonoro, a la censura y persecución, a la falta de dinero, al sistema de estudios, a la televisión, a los Estados, a la Iglesia, a Stalin, a Franco –ese mediocre guionista–, al público y a los mismos cineastas que hacen las películas. Y es que eso es lo que significa fabricar películas, vivir en crisis. Pero *¿a qué nos referimos cuando nos referimos a la crisis del cine en España*? Pues según le moje la lluvia a cada uno. Los cineastas y los artistas suelen ir sin paraguas porque tapan el cielo, decía Jacques Becker; el cine, como no se cansa de repetir Santos Zunzunegui, es una industria (o debería serlo) que solo de vez en cuando produce obras de arte. Como lo formulara Mitry, el cine es creatividad, arte e industria.

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Buster Keaton y João César Monteiro, ignífugos

Pero… ¿a qué no referimos cuando nos referimos a la crisis del cine en España? Hay muchas crisis. Existen y coexisten la *crisis de taquilla* y la *crisis de espectadores* (que no es lo mismo); existen la *crisis económica* y *la crisis política* (que van a menudo como novias de la mano y los Estados ejercen de padres castradores con la cultura en ese tiempo), existe la *crisis tecnológica* (en el sentido de cambio, pero en lo esencial hay que insistir en que el lienzo no hace al pintor). Hay muchas. Con la boca chica

> **El problema es que se ha puesto mucha importancia en la palabra *cuota* en vez de en la palabra *pantalla*. La pantalla, la sala de cine, es lo más olvidado del cine por los gobiernos, más que la producción**

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Crisis, what crisis? (cont.)

se puede decir que las crisis históricas profundas al cine le han venido bien: la crisis del 29, las guerras mundiales, la crisis del petróleo en los 70 y 80 en que Hollywood dejó de ser adulto y se infantilizó. Como en las relaciones sentimentales de pareja, es posible definir las crisis de diferentes maneras, duraciones e impactos diferentes. Las hay grandes, que ocurren de manera excepcional (podría ser la COVID-19, está por ver; lo fueron la Guerra Civil Española y la dictadura), o pequeñas, que ocurren con más frecuencia (la subida del IVA cultural del 7% al 21% que impuso el Gobierno del PP en el 2012 y que no se revirtió al 10% hasta la aprobación de los aún actuales presupuestos del 2018... o cada nuevo Decreto Ley que –no– desarrolla una buena Ley desvirtuándola, por ejemplo). Crisis, etimológicamente, viene del ladino y en España significa «cuota de pantalla».

España se sitúa en los márgenes de las grandes operaciones económicas mundiales y el cine español en los márgenes de la historia del cine: en palabras de Cabrera Infante, aún espera el cine español su Edad de Oro; edad por la que sí han pasado todos los grandes países «culturales». La historia del cine español es una historia de francotiradores, la historia del cine español no existe, dice Carlos Losilla. Durante el Festival Internacional de Cine de Tesalónica, en Grecia, conté esto en una charla en la televisión pública helena y, felizmente, lo tradujeron como que la historia del cine español es la historia de los cineastas que quieren matar a Franco, y tenían mucha razón, pero solo freudianamente, como a un padre.

En España se ruedan muchas películas desde hace mucho, pero se ven pocas; se editan muchos libros, pero se leen pocos; y se habla mucho de sexo. En España decimos que tenemos poca *cuota de pantalla* como quien dice que los valencianos hacen paella o los aragoneses son amistosos. *Cuota de pantalla* es una expresión tan horrible como *distancia social,* las dos tienen mucho que ver. Hacer cultura, como ir a misa, ha sido siempre algo gregario. El problema es que se ha puesto mucha importancia en la palabra *cuota* en vez de en la palabra *pantalla*. La pantalla, la sala de cine, es lo más olvidado del cine por los gobiernos, más que la producción. La falta de sensibilidad frente a esto es terrible: es prioritario solucionarlo. Ir al cine ha sido siempre juntarse, y es que el cine es un espectáculo gregario por definición, pero la misa hay que darla, aunque no haya feligreses. No se deben dar datos porque los datos envejecen más rápido que el periódico del día anterior, pero la cuenta de la cuota en España no falla, casi todo se lo llevan los americanos. Luego suceden dos grandes taquillazos, que son un oligopolio que no necesita nada, sobreviven por sí mismos, pero al que todos acompañan. Y estos alimentan la crisis hondamente, pero maquillan las cifras de la cuota.

> **Nuestros gobernantes deberían sentirse orgullosos del cine español en el sentido más amplio de la palabra cine y este debería ser patrimonio de todos los ciudadanos, del país**

Nuestros gobernantes deberían sentirse orgullosos del cine español en el sentido más amplio de la palabra cine y este debería ser patrimonio de todos los ciudadanos, del país, con Filmoteca Española al timón con su vital labor de investigación y conservación, con publicaciones; debería ser el cine español, considerado en el sentido más político, un asunto de Estado porque el cine español no puede ser tratado (solo) como una industria sino y sobre todo por su aspecto cultural, aunque a veces nos dé vergüenza usar el bello término *excepción cultural* o lo usamos mal, mezclando churras con merinas, industria y contenidos; necesitamos modelos sólidos e independientes –y no espejismos como el francés sino reflejos como el argentino o el colombiano, siempre en crisis–; y precisamos de unas instituciones fuertes y generosas porque el apoyo público al cine español es históricamente insuficiente, de esto ya hablaba García Escudero hace cincuenta años; necesitamos instituciones, a ser posible independientes, que apoyen decididamente los proyectos cinematográficos más débiles, marginales o singulares para que nazcan libres sin autocensuras; porque necesitamos un mercado en el que competir en igualdad de oportunidades, sin que nada ni nadie colonice al resto, con un respeto por la pluralidad de escrituras y la diversidad cultural. Apostar por esto es acabar con el oligopolio de esas pocas películas y ampliar la mirada del espectador y la riqueza de la vitrina. Y si un llamado gran productor necesita de las ayudas públicas, como también decía García Escudero hace cincuenta años, no es un gran productor, y necesitamos grandes productores que hagan grandes películas, claro, no solo que quieran ganar dinero y tomar las ayudas públicas y de las televisiones, familiar electrodoméstico que considera al cine español como una obligación ruinosa destinada a dar pérdidas, y por eso hacen trampas y chantajes.

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Pero, sobre todo, necesitamos que los niños y niñas, desde muy niños y niñas, deseen el cine, *solo el deseo instruye,* para que aprendan a ver y conocer el cine y el arte, las películas viejas y las nuevas, de aquí y de fuera, porque si no aprendemos a ver nuestro cine ni lo conservamos no verán nuestros hijos e hijas imágenes de su país, pero tampoco sabrán cómo se vive en otros sitios, y no conocerán quienes fueron sus padres ni sus abuelos. Es muy fácil perder la identidad, se pierde a través de las imágenes de la televisión, de la infracultura consumista de masas, y por una mala digestión del deporte, de las escuelas, se pierde dejando de estudiar filosofía o de leer a Pío Baroja, se pierde por dejar de ver películas o no saber verlas, se pierde muy rápido, sin que te des cuenta porque nunca te diste cuenta porque no te advirtieron que las películas estaban ahí.

Si nos mostramos de acuerdo con eso de que el cine es una industria, y que solo raramente produce obras de arte, no debemos olvidar que las películas, todas, son cultura, como lo son los tebeos o los videojuegos. Y a propósito de cultura, que nadie toque un pelo de las películas de Mariano Ozores o Pedro Lazaga, como dice José Sacristán, porque, como en las de Neville o Mihura o Borja Cobeaga, vemos la época y la gente de ese tiempo, su vanidad y miserias, alegrías y vida, vemos a España, más allá de otras valoraciones. Las películas nos hablan de muchas maneras.

Alguien podría decir que en España solo importan el producto y el beneficio, que no hay valores añadidos, solo rentabilidad; que en este país todo se cuenta en términos de prosperidad y eficacia, de espectadores, del PIB, de tipos de interés, centímetros o presupuestos. Deberíamos darnos cuenta de que todo esto solo son medios para alcanzar logros sociales y políticos, culturales y educativos, y no fines en sí mismos.

La tesis marxista, tan repetida, de que los productos de la cultura de masas no son creados para la satisfacción sino para la explotación de necesidades es exacta. Mel Gibson ha dicho que antes en Hollywood querían, lo primero, hacer buenas películas y, como Monroe Stahr en *El último magnate*, después y solo después, ganar dinero. Ahora en muchos casos pareciera que solo se quiere ganar dinero. La autocensura por deseo de gustar a toda costa, las coartadas culturales y nacionales, son una consecuencia de la democratización cultural y de la competencia capitalista.

Las crisis no se superan recortando los fondos públicos ni reduciendo los aforos de cines y teatros, en realidad seguimos yendo al cine en aviones llenos y vagones de metro abarrotados, perdón por la demagogia. Como Víctor Hugo arengó encendidamente en la Asamblea Constituyente de 1848, las reducciones presupuestarias en las letras y

LA CRISIS DEL CINE

Crisis, what crisis? (cont.)

La bañera y la alegría de Henry Langlois

artes «son insignificantes desde el punto de vista financiero y nocivas desde todos los demás puntos de vista». Nada más actual y moderno. Y la modernidad, ante todo, es crisis, como nos recuerda todo el cine de Godard.

El error político es el momento que eligen los gobiernos para poner en cuestión a la vez todas las instituciones de la cultura. El momento decisivo, las crisis, en que en vez de recortarlas habría que duplicarlas porque es cuando más son necesarias. Ahora es cuando deberíamos facilitar y reinventar la manera de hacer películas y proyectarlas, en las salas y en la filmoteca, con alegría y entusiasmo, como en la Cinemateca Francesa de Langlois, que vivió sempiternamente en crisis; facilitando la manera de entrar a los museos y cines, a los teatros y a las bibliotecas; ahora es cuando deberíamos hacer y trabajar para cultura, pero no como aquella secta de viejos cristianos en las catacumbas, sino como hombres y mujeres de nuestro tiempo, adaptándonos, con prudencia, alegría, curiosidad y renovados deseos.

Javier Rebollo
Director de cine

Ir al cine

PUES SÍ, LO CONFIESO, ME GUSTA *IR* AL CINE, que no es lo mismo que *ver* cine. También veo cine y series, unas veces en la tele, otras en la tablet, incluso en el teléfono, pero no, no es lo mismo.

Disfruto con la simple idea de salir de casa, quedar con amigos, entrar en la sala, que apaguen las luces y dejarme llevar por la historia que ese día me quieran contar. Y también con la charla posterior que empieza siendo sobre la película y acaba siendo sobre cualquier cosa. Si son ustedes de mi generación, seguro que me comprenden.

También soy de las de atracón de serie. Si pudiera, la mayoría de las veces las vería del tirón. Es como si me las fueran a quitar al día siguiente. Es sorprendente que, siendo la misma persona, mis hábitos como espectadora audiovisual sean tan diferentes según el formato que elija. Lo curioso es que cuando voy al cine me siento un ser sociable, que piensa y opina sobre lo que ve. Sin embargo, cuando me doy el atracón de series solo pienso en los segundos que quedan para que salte el siguiente capítulo. Miento, a veces me cuestiono, con cierto remordimiento, las horas de sueño que estoy restando.

Tengo hijos adolescentes que o no quieren ir al cine o solo quieren pisarlo para ver alguna película de Marvel y eso, para alguien que vive de la industria cinematográfica, es un importante motivo de reflexión que no hay que pasar por alto.

Bueno, pues así estaban las cosas cuando, de pronto, llegó la pandemia. Prohibido ir al cine. Lo que quieras ver, en casita. Y así nos fuimos acostumbrando a ser como nuestros hijos, a estar tres personas en una misma habitación viendo tres contenidos diferentes y, como uno no había visto lo mismo que el otro, ¿con quien lo vas a comentar? O como dicen los adolescentes “A mi no me rayes, ¿pero qué quieres comentar?”

No niego que fue interesante ver películas y series que en mi vida hubiera visto de no ser por la cuarentena, pero en secreto esperaba el momento de poder volver al cine, y eso fue lo que hice, lo que he hecho desde que volvieron a abrir, lo mismo que han hecho algunos de mis amigos, y casi todas mis amigas.

Pero la situación está lejos de ser de color de rosa. Estaría bien tener un millón de amigos, como decía el bueno de Roberto Carlos, pero no para cantar, sino para que fueran al cine, porque, lamentablemente, a las salas está yendo muy poca gente.

Según a quien preguntes, te señalará a un culpable diferente. Para unos, es el miedo al contagio, pero que se sepa aún no se ha contagiado nadie en un cine; para otros es la falta de estrenos potentes, de esos que llenan cuatro o seis salas de una sola tacada; hay quien opina que no se fía del sistema de ventilación de la sala y otros que no pagan para estar con la mascarilla puesta.

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

La cruda realidad es que estamos en plena segunda ola del COVID-19 y que la mayoría de las empresas de exhibición están perdiendo dinero por mantenerse abiertos. Cines que ya estaban en una situación de crisis desde hace mil años y que levantaron la persiana esperando que llegara el maná de los grandes títulos de Hollywood. Cines que vieron como poco a poco el maná se iba alejando en el tiempo hasta dejarles en una situación en la que ya no saben qué pueden esperar, porque ahora su supervivencia depende de lo que pase con la pandemia en el mundo entero.

Sí, algunos valientes como Santiago Segura se la jugaron y acertaron y, lo que es más importante, dieron cierta esperanza de continuidad a los cines, pero una sola película no es suficiente, ni cinco, ni diez.

Los cines languidecen cerrando parte de sus salas para ahorrar costes y temiendo que si las cosas siguen así durante mucho tiempo, terminarán cerrándolas todas y marchándose a casa.

La situación de los distribuidores independientes no es mejor. Se aventuran a estrenar títulos que ya tenían previstos, por los que han pagado unos mínimos garantizados con precios pre-pandemia y obteniendo unos resultados en taquilla de, aproximadamente, el 30% de lo esperado.

Está claro que para distribuidores y exhibidores vienen tiempos difíciles. ¿Cuántos cines van a poder permanecer abiertos dentro de un año? ¿Cuántos distribuidores van a poder seguir adquiriendo derechos de películas si los resultados en taquilla son tan pobres?

Habrá que esperar un tiempo para contestar a estas preguntas. Mientras, estaría bien aprovechar para imaginar una nueva realidad que en algunos aspectos sea mejor que la anterior. No es imposible. Yo sueño con cosas como: que los cines ofrezcan mayor variedad de contenidos en su programación, o que las películas y las empresas tengan una participación más igualitaria en los puestos de responsabilidad, o que sea más fácil el acceso a la industria de los jóvenes talentos, o que se respete más la experiencia de quien ha luchado contra mil y una crisis, o que los actores puedan vivir de su trabajo…

Primero imaginar para después hacer.

Nieves Maroto
Directora de distribución en Super 8

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Ver (el cine) bien: (nuevo) elogio de la (vieja) idea de proyección

"We will feed each other, re-distribute wealth, strike."
Britney Jean Spears en Instagram (23 / 03 / 2020)

EL PASADO MES DE MARZO TODO EMPEZÓ A CAMBIAR, de forma gradual y asimétrica, pero a fin de cuentas de manera imparable y a escala mundial. Medio año (y un confinamiento de consecuencias –y no nos referimos a las materiales/económicas– aún por determinar) después de la gravísima, dolorosa y aterradora crisis inicial provocada por la eclosión de la COVID-19, nuestra impresión es que en realidad las cosas en el fondo no han cambiado tanto. A falta de algo que la sustituya, parece que nos estamos viendo abocados a sobrevivir dentro de una versión grisácea, a menudo contradictoria e incluso surrealista, y aún más precaria, de una estructura socioeconómica que pide a gritos su superación desde hace ya más de un siglo. Una superación que fue reivindicada una vez más, en abstracto, el 6 de mayo de 2020, cuando personalidades tan diversas como Joaquin Phoenix, Alejandro G. Iñárritu, Jean-Luc Nancy, Madonna, Adam Driver, Naomi Klein, Spike Jonze o Isabel Coixet (por citar solo algunas) hicieron público un manifiesto colectivo "contra el retorno a la normalidad". Según recogieron diversos medios de comunicación, el manifiesto "hace un llamamiento solemne a los dirigentes y a los ciudadanos para que salgan de la lógica insostenible que aún prevalece, para trabajar finalmente en una profunda revisión de los objetivos, los valores y las economías".

Cultura entre ladridos digitales

Y a todo esto, ¿qué ha ocurrido con la cultura, entendida como conjunto de las distintas manifestaciones artísticas dentro del ámbito humano? En un primer momento, numerosos/as creadores/as pertenecientes a disciplinas cuya idiosincrasia permite adaptar más fácilmente el disfrute de sus obras al soporte *online* (principalmente, aunque no solo, el cine y la música), procedieron a compartir, de forma gratuita, algunas de sus creaciones con el público a través de internet. Filmoteca Española, a través de su extraordinario programa "El Doré en casa", compartió en *streaming* auténticas joyas fílmicas, entre las que destaca una magistral y desconocida versión de *Soy leyenda*, de Richard Matheson, dirigida por Mario Gómez Martín en 1967. Desde el Festival Internacional de Cine de Gijón/Xixón nos sumamos a este movimiento inicial y ofrecimos más de veinte cortometrajes sin coste para el público, gracias a la generosidad de sus autores/as, que incluían a Carla Simón, Aritz Moreno o Virginia García del Pino. Las plataformas autorizadas de VoD lanzaron promociones especiales; otras comenzaron su lujosa, aunque no sabemos aún si exitosa, andadura; e incluso algunas páginas web de pornografía ofrecieron revolucionarias ofertas para acceder gratuitamente a contenidos (contenidos, siempre a vueltas con los contenidos, como comentaba con lucidez Carlo Padial en una memorable pieza para PlayGround el pasado 14 de febrero, pertinentemente titulada *Ya solo somos contenido*).

Pero ¡ay el 2020!, tanto las declaraciones de intenciones para abordar una radical transformación social y económica como los gestos altruistas de instituciones y artistas, han concluido por diluirse, como un (otro) contenido más entre los ladridos de la jauría digital en la que se han convertido, en buena parte, las redes sociales. Son solo un contenido más que consumir a toda prisa, a trompicones, quizás en las pausas que permiten otras mil tareas del día a día, leyendo en diagonal, y que será sustituido inmediatamente por otro contenido, casi siempre completamente distinto a nivel de tono y de temática, tal y como decida el correspondiente algoritmo. Y uno, pensando que es su obligación "pulsar el presente", confiando tal vez aún en aquella lejana promesa de que lo digital iba a constituir la vanguardia del "progreso", concepto por cierto cada vez más desterrado de los discursos políticos (¿por fin el fin de la Historia de Hegel y Fukuyama? –que son el mismo)... pues uno sigue leyendo los comentarios (a veces, las más, sin llegar a leer bien el artículo que los originó) de las redes sociales, que pueden dividirse *grosso modo* entre descripciones (a veces en

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

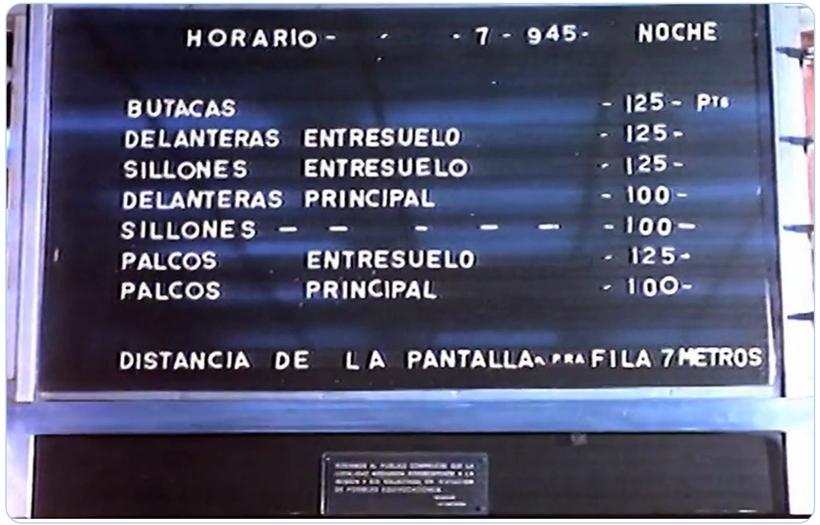
forma de balbuceos ininteligibles) de las sombras de la caverna platónica; reiteraciones cansinas de sofismas más o menos seductores; competiciones para ver quién es más ocurrente, más irónico y/o más post-post...-moderno; también, muy de vez en cuando, algunas reflexiones racionales y documentadas (eso sí, siempre desafiando a la limitación de caracteres so pena de ser ignorado por nosotr@s, lectores/as del futuro)... Y luego tenemos a Miguel Bosé, firmante por cierto del manifiesto colectivo anteriormente mencionado.

De entre los omnipresentes ladridos digitales, nos obsesiona desde hace semanas el comentario de un/a usuario/a a la noticia, publicada en un periódico asturiano, que relataba la suspensión de un certamen cultural a pocos días de comenzar como consecuencia de la actual crisis sanitaria. El comentario decía así: "Estamos ahora como para organizar festivalitos, con la que está cayendo". Pruebe el lector a reescribir la frase de la siguiente manera: "Estamos ahora como para ....., con la que está cayendo" y rellene el hueco de puntos con otra actividad –preferiblemente de sectores como el cultural o el de ocio– que les interese eliminar por el motivo que sea –de salud o no– y que, claro está, no sea aquella que le proporciona a usted el

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Ver (el cine) bien: (nuevo) elogio de la (vieja) idea de proyección (cont.)



sustento, y obtendrá así una de las muchas excrecencias comunicativas con las que nos recompensa el universo virtual durante estos desquiciados y desquiciantes días.

Ver bien (el cine)

Durante un encuentro organizado por la Elías Querejeta Zine Eskola el pasado 3 de septiembre en San Sebastián, y en el que tuve ocasión de participar junto a José Luis Rebordinos (director del certamen donostiarra) y a Vanesa Fernández (directora de ZineBi), los tres coincidimos en que es nuestro deseo que el nuevo modelo de festival, en el que los contenidos *online* cobran un mayor peso (ya que entre otras cosas permiten asegurar su realización en caso de producirse otro confinamiento), tenga la menor vigencia posible, y poder volver así pronto a un modelo más basado en lo presencial, como eran los de antes del pasado marzo.

Ansiamos ver el cine en las salas de cine, pero eso no significa que estemos de acuerdo con el director del Festival de Cannes, Thierry Frémaux, cuando dice que "un festival de cine *online* no es un festival", apreciación que a nuestro modo de ver no tiene nada de provocadora, sino más bien resulta incompleta, ya que pensamos que la sentencia justa sería: "un festival de cine *online* no es un festival *presencial*". En eso sí estamos de acuerdo, y en eso debemos seguir trabajando desde los festivales de cine y desde las salas de exhibición, pero preferir un modelo al otro no conlleva, en nuestro caso, negar que un festival *online* sea un festival. Y ahí tenemos el caso del D'A – Festival de Cine De Autor de Barcelona, que con el inestimable apoyo de FILMIN, celebró una edición íntegramente *online* del 30 de abril al 10 de mayo de 2020. El suyo fue un trabajo impecable a todos los niveles (programación, promoción, diseño visual...), y demostró que un festival 100% *online* bien pensado, gestionado y dimensionado puede generar un boca-a-oreja virtual similar al que se produce en los festivales presenciales y ser útil para las películas. Tomemos el ejemplo de *My Mexican Bretzel*: la película de Nuria Giménez Lorang arrancó en DocumentaMadrid en fase de proyecto, se estrenó mundialmente y fue galardonada en Gijón en 2019, pasó por Rotterdam 2020 también con premio, pero fue en el D'A, con su edición íntegramente *online*, donde se coronó como una de las grandes revelaciones del cine estatal reciente, adquirida posteriormente por Avalon para su estreno comercial en España.

Aclarado esto, mencionábamos antes cómo el consumo de contenidos escritos en internet está sustituyendo a la ya antigua costumbre de *leer bien*. Y creemos que con el audiovisual pasa algo análogo, pues aunque resulta innegable que el desarrollo tecnológico ha mejorado la forma de ver cine en casa, seguimos siendo de la opinión de que en ningún sitio se puede apreciar como en la sala de cine. Y esto no tiene nada que ver con la nostalgia ni con el romanticismo (o quizás sí, pero desde luego no solo), pues se basa en datos objetivos: la sala de cine tiene generalmente una pantalla mucho mayor, que permite una experiencia cinematográfica más inmersiva y sin distracciones, e impide además la tentación, tan propia del medio digital, de "cambiar de peli" a las primeras de cambio; también suele tener mejor calidad de audio, lo que redunda en poder apreciar detalles y sutilezas de su diseño de sonido; ofrece muchas veces la posibilidad de disfrutar del soporte original de la obra, especialmente importante en el caso de películas rodadas en fotoquímico; y brinda la posibilidad de una experiencia colectiva que, aunque sea ahora a mayor distancia de la otra persona, y aunque medien mascarillas y geles varios, crea sinergias únicas y (esto lo hemos comprobado empíricamente también muchas veces) potencia nuestra forma de disfrutar y de emocionarnos ante algunas manifestaciones cinematográficas. Y no, no es nostalgia: es querer que se siga viendo (bien) el cine.

> **Aunque resulta innegable que el desarrollo tecnológico ha mejorado la forma de ver cine en casa, seguimos siendo de la opinión de que en ningún sitio se puede apreciar como en la sala de cine**

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Alejandro Díaz Castaño
Director FICX – Festival Internacional de Cine de Gijón
Gijón/Xixón [58 edición | 20–28 Nov 2020]

FLORES EN LA SOMBRA es una iniciativa *online* de Filmoteca Española que permite acceder durante un tiempo limitado a materiales exclusivos

LA CRISIS DEL CINE

Contra el móvil, todas las salas posibles

MENTIRÍA SI DIGO QUE MANTENGO INTACTA mi relación romántica con las salas de cine, como mentiría si digo que sigo comprando cada mañana el periódico en el quiosco para disfrutar del olor del papel con el café de la mañana. Ahora sabemos mejor que nunca que ambos hábitos, en realidad como casi cualquier rutina, son mucho más frágiles y vulnerables de lo que aventurábamos y tanto el cine como el periodismo (mis entornos profesionales y sin duda dos de mis pasiones en la vida) sufren las consecuencias de la brutal mutación que han vivido tanto el espectador como el lector de prensa diaria. Mejor dicho, que ha vivido todo el mundo. Una mutación que está relacionada con lo mismo, las nuevas tecnologías, y de cuyas consecuencias finales solo ahora y por la puntilla de una pandemia global empezamos a vislumbrar el alcance.

El enorme componente adictivo del móvil (los buscadores, las redes sociales, el nuevo negocio de la comunicación y la fatal deriva de las *fake news*…) ha afectado a nuestra sociedad como nadie podía imaginar y el cine solo es otra víctima más de nuestro galopante aislamiento y deshumanización. Una persona que durante un mínimo de hora y media tiene su dispositivo apagado viendo una película en un sala cerrada y oscura es una persona poco rentable. Y en esa nueva forma de capitalismo salvaje empieza el problema, que afecta sobre todo al espectador infantil y juvenil, sin cuya mirada el futuro del cine queda en jaque. Ninguna plataforma supone una amenaza tan seria para la exhibición tradicional de cine como ese aparato que todos llevamos en el bolso o bolsillo y que está diseñado para absorber nuestra atención el mayor número de horas posible al día.

> **El enorme componente adictivo del móvil ha afectado a nuestra sociedad como nadie podía imaginar y el cine solo es otra víctima más de nuestro galopante aislamiento y deshumanización**

Pero no quiero enredarme en mensajes apocalípticos. Podría rellenar folios lamiéndome las heridas por la destrucción que vivimos del mundo de ayer, pero prefiero echar mano de las palabras de Elías Canetti contra la estupidez de la queja (“Con estas quejas se va llenando la vida como si fueran palabras cargadas de sabiduría. Proliferan como sabandijas, se multiplican más rápidamente que los piojos”), para intentar encontrar un sendero que una los caminos de quienes amamos y vivimos del cine.

A mi juicio, si hablamos del futuro del cine me temo que solo cabe trabajar por un modelo mixto de exhibición. Por un lado, salas pequeñas que mimen sus programaciones y que sean sensibles a las rarezas, al cine independiente, experimental y a los clásicos. Por otro, todo lo que engloba el grueso del audiovisual se jugaría sus cartas en las plataformas y, por último, el gran dilema y campo de batalla, las películas-acontecimiento, que no deberían ser exclusivas de una de las ventanas sino disfrutar de estrategias ambiciosas. Yo y la mayoría de las personas que conozco y me rodean fueron a ver *El irlandés,* de Martin Scorsese, y *Roma,* de Alfonso Cuarón, en el cine, aunque estuviesen disponibles en Netflix. Ambas proyecciones estaban además repletas de un público muy heterogéneo, como siempre fue en un arte popular. A la inversa se me ocurre otro caso más reciente, el estreno solo en *streaming* de la última película de Charlie Kaufman, *Estoy pensando en dejarlo,* incomprendida por la mayoría por un error de cálculo al no calibrar que el público potencial de una obra así no está sentado en casa mareando con el catálogo de novedades.

Es cierto que, en ese sentido, los datos favorables (salvo en China, pero por razones que no vienen al caso) del experimento de Disney con *Mulán* (solo la recaudación en EEUU es de 260 millones de dólares) podría sentar un precedente peligroso para el futuro de las grandes salas y del cine familiar y de palomitas. Recordemos que Disney estrenaba al final de este verano, y después de sucesivos retrasos por la pandemia, en su propia plataforma y por un precio extra de 21,99 euros, la versión *live-action* de *Mulán.* Los grandes exhibidores recibieron la decisión como alta traición por parte de la compañía de Hollywood. No les faltaba razón; le habían hecho publicidad gratis durante meses y cuando más necesitaban un reclamo familiar para su negocio, recibían la puñalada. Pero lo peor de la decisión, pese a su lógica comercial en medio de una situación como la actual, es que afecta al único espectador que a mi juicio hay que cuidar, el infantil-juvenil. La aventura con la pantalla nunca será la misma, ni la fantasía de integrar las imágenes con la vida, ese limbo a la salida de una proyección que todos hemos vivido y que desde un sofá en casa queda reducido a una experiencia mucho más pobre, superficial y (otra vez el móvil) dispersa. Insisto, para el público más verde, un drama. Y no tanto por ver la película en casa sino por las condiciones en las que ahora se ve una película en casa.

> **La aventura con la pantalla nunca será la misma, ni la fantasía de integrar las imágenes con la vida, ese limbo a la salida de una proyección que todos hemos vivido y que desde un sofá en casa queda reducido a una experiencia mucho más pobre**

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

LA CRISIS DEL CINE

Contra el móvil, todas las salas posibles (cont.)

Pero no todo está perdido, aún existe un público fresco y cinéfilo que, aunque se ha acostumbrado a encontrar en la red un océano de películas que le permite indagar en el fondo de las cinematografías de cada país, demanda la experiencia de la sala porque sabe que de eso depende su verdadero conocimiento y percepción de un arte que exige el abrazo de la pantalla y un patio de butacas. Son ellos, aunque cada vez sean menos, los que están dispuestos a pagar y los que merecen la atención de la exhibición. En Berlín, donde vive mi hija de 22 años, los jóvenes acuden a cines viejos, de butacas de terciopelo rojo, donde aún parece oler a ozonopino y el ritual se mantiene intacto. En el Babylon, enfrente del teatro Volksbühne, proyectan siempre clásicos y ciclos de cine alemán contemporáneo. La programación del Arsenal es conocida en toda la ciudad y ahora mismo proyecta un programa en torno a Michael Mann. En el Eva Lichtspiele, una sala preciosa de 1913 donde sirven café y tartas, suelen echar junto a una programación de cine actual películas de la UFA y clásicos de los años 20; mientras el Tilsiter Lichtspiele, pilotado por un colectivo de artistas, mantiene una sala con su viejo proyector y un cine de verano.

Hace años me tocó viajar a Estados Unidos para entrevistar al cineasta Michael Moore y allí descubrí su cine de Traverse City, la ciudad del estado de Michigan en la que vive. Una sala independiente con una programación muy variada y su propio festival de cine. El lugar mantiene su sabor añejo con el frontal de neones en la fachada, pero bajo su cáscara *vintage* se esconde una sala muy moderna. Recuerdo que aproveché mi breve visita para ver una de las películas que proyectaban ese día, concretamente el documental de Chris Rock *Good Hair,* un hilarante e interesantísimo tratado sobre la relación de las mujeres afroamericanas con su pelo. En el patio de butacas se habían agotado las entradas, pero el gallinero ofrecía también una excelente visión.

Sentí mucha envidia. En mi ciudad, Madrid, había cines enormes y maravillosos. Verdaderas joyas arquitectónicas de estilo racionalista de los que, como mucho, ha sobrevivido la fachada, pero no sus espléndidos interiores. Una de mis fotografías favoritas de Joaquín Palacios *Kindel* es del interior del cine Barceló. Salas gigantes en las que se te encogía el corazón nada más poner un pie dentro. Tengo centenares de recuerdos, como cuando de niña vi *King Kong* (la versión de 1976) en primera fila en una de ellas, en la calle Fuencarral, y acabé de pie sobre la butaca llorando y gritando a la pantalla "¡asesinos, asesinos!" mientras el mono gigante era tiroteado en las Torres Gemelas. Por no hablar de la Gran Vía, templos de los años 20 y 30 que nadie se molestó en preservar o que directamente fueron derruidos en manos de los imperios del *low cost.* Cualquiera de aquellas salas, bien remodelada y equipada, podría albergar hoy en pleno centro de Madrid un cine independiente como el de Traverse City. Si los alquileres fuesen razonables...

> **No todo está perdido, aún existe un público fresco y cinéfilo que, aunque se ha acostumbrado a encontrar en la red un océano de películas que le permite indagar en el fondo de las cinematografías de cada país, demanda la experiencia de la sala**

La sesión **La crisis del cine** podrá verse *online* **del 18 al 25 de septiembre** a las 12:00. Pulsa sobre el enlace para verla:

VER SESIÓN **LA CRISIS DEL CINE**

Cuando yo era pequeña solía ir a las sesiones dobles de los cines de Argüelles (esos que tanto amaba Antonio Drove y que según me contaron recitaba uno a uno de memoria lamentando su desaparición) y los de Chamberí y el barrio de Salamanca. wésterns, películas de espadachines y todo Tarzán. Años después, en la universidad, faltaba a clase por las mañanas para ir a los matinales de los Renoir y los Alphaville. Me tragaba los ciclos de la Filmoteca y también los maratones de cine de terror en los cines Ideal. No quiero ser nostálgica. Pero de la misma manera que hace más de una década solo compraban vinilos cuatro gatos obsesionados con la liturgia y ahora resulta que la venta de LPs ha superado a la de CDs gracias a un mercado de grandes sellos e independientes que se mueve por todo el mundo con reediciones, novedades, descubrimientos o nuevas fórmulas que permiten sostener un negocio internacional que se distribuye online y en tiendas de medio mundo, el cine en el cine no debería ser una utopía para cuatro chalados.

Elsa Fernández-Santos
Periodista y crítica cinematográfica